

LOS MEJORES RELATOS CORTOS

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM



Esta recopilación incluye los siguientes relatos:

Lluvia Rain (1921)

Condenado a muerte

El proceso Crosbie

Mackintosh

La caída de Eduardo Barnard

Neil MacAdam

La carta The Letter (1927)

Antes de la fiesta

El puesto avanzado

Samoa

Miedo

El traidor

Muchos de los cuentos de Maugham están ubicados en lugares exóticos, principalmente en el Extremo Oriente, por ejemplo en los Estados Malayos Federados, o en ciudades como Pago Pago o Apia, sometidas al imperialismo británico.

Lluvia es una de las historias más famosas de Maugham, con argumento pasional, de relación entre misionero y prostituta nada menos, y entorno (Pago Pago, en Samoa) magníficamente opresivo. Repetidamente llevada al cine y a la TV (con Gloria Swanson, Joan Crawford, Rita Hayworth o Carroll Baker, sucesivamente, como Sadie Thompson).

En *Mackintosh* son evidentes los rasgos físicos y biográficos que referencian a Stevenson, donde Somerset realiza todo un guiño a la figura del genial escocés.

La decadencia de Eduardo Barnard, nos relata el por qué el protagonista, Eduardo Barnard, abandona una vida de logros y éxitos profesionales en Chicago, y se convierte en despachador de telas en una fábrica en el paupérrimo pueblito de Tahití, otrora hogar político del pintor Paul Gauguin. Allí lleva una vida apaciguada y feliz. En Chicago, su mejor amigo y su prometida se preguntan por su paradero. El amigo va en busca de él, al cabo de dos años de su partida. Se sorprende cuando ve lo mucho que Eduardo ha cambiado, aquel Eduardo ambicioso y materialista.

En *La carta* Una mujer, esposa de un plantador inglés, en Singapur, es detenida por matar a un hombre que quiso propasarse con ella cuando la visitó en ausencia de su marido. Toda la trama se basa en la inocencia de la mujer que cuenta con excelentes abogados, y solo esperan el juicio para que la liberen de la cárcel.

LLUVIA

Se acercaba la hora de acostarse; cuando despertaran a la mañana siguiente, la tierra estaría a la vista. El doctor Macphail encendió su pipa y, apoyándose en la borda, registró los cielos, buscando la Cruz del Sur. Después de pasar dos años en el frente y de recibir una herida que demoró más de lo necesario en cicatrizar, se sentía satisfecho al pensar en una temporada tranquila en Apia, durante unos doce meses por lo menos, y ya notaba que el viaje le había hecho bien. Como algunos de los pasajeros desembarcaban al día siguiente en Pago-Pago, habían improvisado un baile por la tarde, y aún parecían resonar en sus oídos las duras notas del piano mecánico.

Por fin la cubierta estaba tranquila. A poca distancia vio a su esposa, sentada en un sillón, conversando con los Davidson. Se acercó a ellos. Cuando se sentó bajo la luz, quitándose el sombrero, se podía ver que tenía el pelo muy rojo, con un trecho calvo en la coronilla, y que su piel rosada y pecosa hacía juego con el cabello.

Era un hombre de unos cuarenta años, delgado, de cara fina, precisa, y más bien pedantesca; hablaba con acento escocés en voz muy baja y tranquila.

Entre los Macphail y los Davidson, que eran misioneros, había brotado una intimidad de viaje, debida más bien a la compañía que a una comunidad de gustos. Su lazo principal era la desaprobación que compartían hacia los hombres que pasaban sus días y noches en el salón de fumar, jugando póquer o *bridge* y bebiendo. La señora Macphail se sentía bastante halagada al pensar que ella y su esposo eran las únicas personas del barco con las cuales los Davidson habían querido relacionarse; y hasta el doctor, hombre

tímido, pero no tonto, semiinconscientemente reconocía la distinción. Era sólo por su espíritu discutidor que en su cabina, en las noches, se permitía argumentar.

—La señora Davidson estaba diciendo que no se imaginaba cómo habrían podido soportar este viaje al no venir nosotros —decía la señora Macphail, mientras se peinaba cuidadosamente—. Me dijo que éramos las únicas personas a bordo que deseaban conocer.

—Nunca habría pensado que un misionero fuera hombre de tanta importancia como para permitirse semejantes exigencias.

—No se trata de exigencias.

Comprendo lo que ella quiso decirme. No habría sido muy agradable para los Davidson tener que reunirse con ese grupo del salón de fumar.

—El fundador de su religión no era tan exclusivo —dijo Macphail, riéndose.

—Te he pedido una y otra vez que no hagas bromas acerca de la religión —replicó su esposa—. No me gustaría tener una naturaleza como la tuya. Nunca buscas el lado bueno de las personas.

El doctor lanzó una mirada de reojo con sus ojos azules, pero no contestó.

Después de muchos años de vida de casados, se daba cuenta de que para estar tranquilo convenía que su esposa se quedara siempre con la última palabra. Se había desnudado antes que ella y, trepando a la litera superior, se instaló a leer antes de dormir.

Cuando subió a cubierta a la mañana siguiente, estaban cerca de tierra. La miró con ojos llenos de interés. Había una angosta faja de arenas plateadas que subía bruscamente hacia cerros cubiertos de una vegetación lujuriosa. Los cocoteros, espesos y verdes, crecían hasta cerca del agua, y entre ellos se veían las chozas de paja de los samoanos; y aquí y allá, una pequeña iglesia blanca y brillante. La señora Davidson salió, deteniéndose a su lado. Iba vestida de ne-

gro y llevaba al cuello una cadenita de oro de la cual colgaba una pequeña cruz. Era una mujer bajita, de cabello pardo muy opaco, peinado en forma complicada, y sus ojos azules estaban protegidos por *pince-nez*¹¹ casi invisibles.

Su rostro era alargado, como el de una oveja, pero no daba impresión de tontería, sino más bien de extremada viveza; y sus movimientos eran rápidos, como los de un pájaro.

Su característica más notable era su voz, alta, metálica y sin inflexiones; llegaba a los oídos con dura monotonía, irritante a los nervios, como el clamor implacable de un barrenador neumático.

—Esto debe parecerle a usted el hogar —dijo el doctor Macphail, con su sonrisa débil y vaga.

—Nuestras islas son bajas, usted sabe, no como éstas. De coral. Éstas son volcánicas. Nos quedan otros diez días de viaje antes de llegar a ellas.

—En estas latitudes, eso es como estar a «una cuadra» de la casa —dijo Macphail, con tono de broma.

—Bueno, ésa es una forma exagerada de expresarlo; pero es cierto que en los mares del Sur uno tiene otra idea de las distancias.

—En eso tiene usted razón. El doctor Macphail suspiró vagamente.

—Me alegro de que estemos estacionados aquí —continuó ella—. Dicen que éste es un lugar en que es sumamente difícil trabajar. La pasada frecuente de los vapores hace que la gente sea revoltosa, y además está la estación naval. Eso es malo para los nativos. En nuestro distrito no tenemos que luchar con dificultades como éstas. Hay uno o dos comerciantes, naturalmente, pero tenemos buen cuidado de que se porten en debida forma, y si no obedecen les provocamos situaciones tan molestas que prefieren irse.

Fijándose los anteojos sobre la nariz, lanzó a las islas una mirada implacable.

—Aquí la tarea de los misioneros es casi imposible. Nunca me cansaré de dar gracias a Dios por no habernos enviado aquí.

El distrito de Davidson consistía en un grupo de islas situadas al norte de Samoa.

Estaban éstas muy esparcidas y frecuentemente tenía que recorrer largas distancias en canoa. En esas ocasiones su esposa se quedaba en el cuartel general, dirigiendo la misión. El doctor Macphail se sintió deprimido al pensar en la eficiencia con que la dirigiría. Ella le habló de la depravación de los nativos con una voz que nada podía acallar, pero con un horror vehementemente untuoso. Su sentido de delicadeza era extraño. Poco después que se conocieron le había dicho:

—Usted sabe, sus ritos matrimoniales, cuando recién nos establecimos en las islas, eran tan terribles que me sería imposible describírselos. Pero le contaré a la señora Macphail, y ella podrá relatárselos a usted.

Entonces había visto a su esposa y la señora Davidson, sentadas en sillas muy cercanas, conversando seriamente durante un par de horas.

Mientras paseaba delante de ellas, de arriba abajo, por hacer ejercicio, había oído el murmullo agitado de la señora Davidson, como el rugir lejano de un torrente de montaña, y al ver la boca abierta y el rostro pálido de su esposa, dióse cuenta de que estaba gozando una experiencia alarmante. En la noche, en su cabina, le repitió, conteniendo el aliento, todo lo que había oído.

—Bueno, ¿qué le había dicho? —exclamó la señora Davidson, satisfecha, a la mañana siguiente—. ¿Ha oído usted alguna vez algo más espantoso? ¿No le sorprende que yo misma no pudiera contárselo, verdad? A pesar de que usted es un doctor.

La señora Davidson le miró fijamente. Sentía una dramática ansiedad por ver si había obtenido el efecto deseado.

—¿Puede uno sorprenderse de que nos sintiéramos desanimados cuando llegamos por primera vez? Le costará creermelo cuando le diga que era imposible encontrar una sola muchacha buena en todas las aldeas.

Empleaba la palabra «buena» con un tono severamente técnico.

—El señor Davidson y yo estudiamos el asunto, llegando a la conclusión de que lo primero que debía hacerse era suprimir las danzas. Los nativos parecían locos por el baile.

—Yo también era bastante aficionado cuando joven —dijo el doctor Macphail.

—Me lo imaginé al oír que usted invitaba a la señora Macphail a dar unas vueltas anoche. Opino que no es incorrecto que un hombre baile con su esposa, pero me sentí aliviada al ver que no aceptaba.

En estas circunstancias, me pareció preferible que nos mantuviéramos alejados de los demás.

—¿En qué circunstancias quiere usted decir? La señora Davidson le lanzó una rápida mirada a través de su «pinces» pero no respondió a su pregunta.

—Entre los blancos no es lo mismo —continuó—, aunque debo decir que estoy de acuerdo con el señor Davidson, que dice que no comprende cómo un marido puede permanecer impasible al ver a su esposa entre los brazos de otro hombre.

Yo no he bailado un solo paso desde que me casé. Pero las danzas nativas son algo muy distinto. No sólo son inmorales en sí, sino que también conducen a la inmoralidad. Sin embargo, gracias a Dios, pudimos suprimirlas, y creo no equivocarme al decir que en nuestro distrito nadie ha bailado desde hace ocho años.

Ahora llegaban a la boca de la bahía, y la señora Macphail se reunió a ellos. El barco giró casi en redondo y entró lentamente. Era una gran bahía cerrada, en la cual habría cabido fácilmente una escuadra de buques de guerra, y alrededor de ella se erguían por todos lados los cerros

verdes. Cerca de la entrada, recibiendo la poca brisa que venía del mar, se alzaba la casa del gobernador, en medio de un jardín. La bandera de Estados Unidos pendía lánguidamente de un mástil. Pasaron frente a dos o tres *bungalows* y a una cancha de tenis, y llegaron al malecón con sus galpones y almacenes. La señora Davidson les mostró la goleta, anclada a trescientas yardas de la playa, que iba a llevarlos a Apia.

Había una multitud de nativos ágiles, ruidosos y alegres, venidos de todas partes de la isla, algunos por curiosidad y otros para negociar con los viajeros que iban de paso a Sydney. Traían piñas y enormes racimos de plátanos, telas de «tapa», collares de dientes de tiburón, fuentes de *kava*^[2] y modelos de canoas de guerra.

Marineros americanos, correctos, de rostros francos y bien afeitados, circulaban entre ellos, y también se veía un pequeño grupo de oficiales.

Mientras se desembarcaba su equipaje, los Macphail y la señora Davidson contemplaban la muchedumbre. El doctor Macphail observaba las lastimaduras que sufrían la mayor parte de los niños y muchachos jóvenes: heridas informes como úlceras descuidadas. Sus ojos de profesional brillaron cuando vio por primera vez en su carrera casos de elefantiasis: hombres que presentaban un brazo enorme, pesado, o arrastrando una pierna horriblemente desfigurada.

Tanto los hombres como las mujeres vestían el *lava-lava*^[3].

—Es un vestido indecente —dijo la señora Davidson—. El señor Davidson piensa que debiera prohibirse por medio de una ley. ¿Cómo puede uno esperar que las gentes sean morales cuando sólo llevan una faja de algodón rojo alrededor de la cintura?

—Me parece muy apropiado para el clima —dijo Macphail, enjugándose la transpiración que le corría por la frente.

Ahora que estaban en tierra, el calor, a pesar de ser tan temprano, era ya sofocante. Encerrado por sus cerros, ni un soplo de viento llegaba a Pago-Pago.

—En nuestras islas —continuó la señora Davidson con su aguda voz— hemos abolido prácticamente el «lava-lava». Todavía lo usan algunos viejos, pero nadie más. Las mujeres han adoptado un traje cerrado y con mangas, y los hombres visten pantalones y camiseta de algodón. Cuando recién iniciábamos nuestras labores, el señor Davidson declaró en uno de sus informes: «Los habitantes de estas islas no se cristianizarán completamente mientras no se obligue a vestir pantalones a todo niño mayor de diez años». La señora Davidson había lanzado dos o tres de sus miradas de pájaro a las nubes grises que venían flotando por sobre la entrada de la bahía. Comenzaron a caer unos goterones.

—Sería mejor que nos refugiáramos bajo techo —dijo.

Se dirigieron con la muchedumbre a un gran galpón de fierro acanalado, en momentos en que comenzaba a llover a torrentes. Permanecieron allí algún tiempo, hasta que se les reunió el señor Davidson.

Había demostrado bastante cortesía hacia los Macphail durante el viaje, pero no tenía la sociabilidad de su esposa, y había pasado la mayor parte del tiempo leyendo.

Era un hombre lacónico, casi huraño, y uno sentía que su afabilidad era un deber que se imponía cristianamente. Por naturaleza era reservado, y hasta moroso. Su aspecto era muy extraño. Era alto y delgado, con miembros largos y flexibles; mejillas hundidas y pómulos extraordinariamente altos.

Tenía un aire tan cadavérico, que uno se sentía sorprendido al observar lo llenos y sensuales que eran sus labios. Llevaba el cabello muy largo. Sus ojos oscuros, muy hundidos en sus cuencas, eran grandes y trágicos; y sus manos, de dedos largos, eran hermosas y le daban un aspecto de gran fuerza. Pero lo más extraño era la sensación de fuego contenido que solía dar. Era algo impresionante y vaga-

mente turbador. No era un hombre con quien se pudiera llegar a intimar.

Ahora era portador de noticias desagradables. Había una epidemia de alfombrilla, una enfermedad seria y a menudo fatal entre los canacas, en la isla, y se había presentado un caso en la tripulación de la goleta que iba a llevarlos el resto del viaje. El enfermo había sido trasladado a tierra e internado en el hospital de la estación de cuarentena; pero desde Apia se habían enviado instrucciones telegráficas diciendo que no se permitiría a la goleta entrar a la bahía hasta que hubiera completa seguridad de que no había sido afectado ningún otro miembro de la tripulación.

—Eso significa que tendremos que permanecer aquí por lo menos diez días.

—Pero en Apia me necesitan con urgencia —dijo Macphail.

—No hay medio de evitarlo. Si no se presentan nuevos casos a bordo, se permitirá zarpar a la goleta con pasajeros blancos, pero todo tránsito de nativos queda suspendido durante tres meses.

—¿Hay aquí hotel? —preguntó la señora Macphail.

Davidson lanzó una risita baja.

—No lo hay.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—He estado hablando con el gobernador. Hay un comerciante cerca de la playa que tiene piezas de arriendo, y propongo que apenas amaine la lluvia nos dirijamos allí para ver lo que podamos conseguir.

No esperen comodidades. Tendrán que sentirse agradecidos de tener una cama en que dormir y un techo que les cubra.

Pero la lluvia no daba señales de cesar, de modo que al fin, provistos de paraguas e impermeables, se pusieron en marcha. No había pueblo, sino un grupo de edificios oficiales, uno o dos almacenes, y en el fondo, entre los cocoteros y los plantíos, unas cuantas casas de nativos. La casa que

buscaban estaba a unos cinco minutos de camino del malecón. Era un edificio de madera, de dos pisos, con amplias verandas y un techo de fierro acanalado. El dueño era un mestizo llamado Horn, casado con una nativa y rodeado de pequeñuelos morenos. En el piso bajo tenía una tienda, donde vendía conservas envasadas y algodones. Las piezas que les mostró estaban casi desprovistas de muebles. En la de los Macphail no había más que una cama vieja y gastada con un mosquitero destrozado, una silla desvencijada y un peinador. Lanzaron una mirada de desaliento. La lluvia caía sin cesar.

—No voy a sacar más que las cosas indispensables —dijo la señora Macphail.

La señora Davidson entró a la pieza en momentos en que aquélla abría una maleta. Parecía más viva y despierta que nunca. El triste ambiente en que se encontraba no parecía afectarla.

—Permítame aconsejarle que busque inmediatamente una aguja e hilo y comience a remendar el mosquitero —dijo—. De otro modo no dormirán una pestañada esta noche.

—¿Son muy molestos? —preguntó el doctor Macphail.

—Ésta es la estación. Cuando ustedes sean invitados a una fiesta oficial en la casa de gobierno de Apia, notarán que a todas las damas se les entrega una funda de almohada para que se protejan las extremidades inferiores.

—Me gustaría que dejara de llover un momento —dijo la señora Macphail—. Tendría más ánimo para tratar de hacer más cómoda la pieza si brillara el sol.

—¡Oh!, si usted va a esperar eso, tendrá que esperar mucho tiempo. Pago-Pago es, probablemente, el lugar más lluvioso del Pacífico. ¿Ve usted esos cerros y esa bahía? Atraen el agua, y de todos modos uno espera lluvias en esta época del año.

Miró a Macphail y a su esposa, que sin saber qué hacer se hallaban en distintos extremos de la pieza, y frunció los labios. Vio que tendría que hacerse cargo de ambos.

Personas inútiles como éstas la impacientaban, pero le cosquilleaban los dedos por ordenar, en la forma que para ella era algo tan natural.

—Vaya, déme una aguja e hilo y yo remendaré esa red mosquitera, mientras usted sigue abriendo las maletas. Comemos a la una, doctor Macphail, sería mejor que usted fuera al muelle a ver si han puesto su equipaje pesado en un lugar protegido. Usted sabe lo que son estos nativos: son capaces de dejarlo donde se moje por completo.

El doctor se puso otra vez el impermeable y bajó. En la puerta, el señor Horn hablaba con el contra maestre del barco en que habían llegado y una pasajera de segunda clase a la cual Macphail había visto a bordo varias veces. El contra maestre, un hombrecito arrugado y extremadamente sucio, le saludó cuando pasaba.

—Es una lástima esto de la alfombrilla, doctor —dijo—. Veo que usted ya está instalado.

El doctor Macphail pensó que le trataba en forma demasiado familiar; pero era un hombre tímido, y no se ofendía por poca cosa.

—La señorita Thompson iba a seguir viaje con ustedes a Apia, de modo que la traje donde estaban ustedes.

El contra maestre señaló con el pulgar en dirección de la mujer que estaba de pie a su lado. Tendría unos veintisiete años, tal vez.

Era gorda y, en un sentido rústico, bonita. Llevaba un traje blanco y un enorme sombrero del mismo color. Sus piernas, gordas, cubiertas de medias de algodón blanco, parecían entrar difícilmente en botines de *charol glacé*. Dirigió a Macphail una sonrisa zalamera.

—El tipo este está pidiéndome un dólar y medio al día por una pieza de tamaño ridículo —dijo con voz ronca.

—Te digo que es amiga mía, Jo —interrumpió el contra maestre—. No puede pagar más de un dólar; así es que tendrás que recibirla a ese precio.

El comerciante era gordo y suave, y sonreía tranquilamente.

—Bueno, ya que me dice eso, señor Swan, veré lo que puedo hacer. Hablaré con la señora Horn, y si pensamos que es posible hacer una rebaja, la haremos.

—No me venga con esos cuentos —dijo la señora Thompson—. Terminemos este asunto al momento. Le pago un dólar al día por la pieza, y nada más.

El doctor Macphail sonrió.

Admiraba la desfachatez con que regateaba. Él era uno de esos hombres que siempre pagan lo que se les cobra. Prefería pagar en exceso antes que discutir.

El comerciante lanzó un suspiro.

—Bueno, acepto, por tratarse de recomendación del señor Swan.

—¡Así me gusta! —exclamó la señorita Thompson—. Entren a servirse un trago.

Tengo un *whisky* verdaderamente bueno en esa maleta. ¿Quiere traerla, señor Swan? Pase usted también, doctor.

—¡Oh!, por ahora no, muchas gracias —contestó—. Quiero ir al muelle a ver si está en lugar seguro nuestro equipaje.

Salió a la lluvia. Era una verdadera sábana de agua que caía desde la entrada de la bahía. El lado opuesto se veía borroso. Pasó junto a dos o tres nativos, vestidos sólo con el «lava-lava» y protegidos por inmensos paraguas. Caminaban en forma majestuosa, con movimientos calmados, muy erguidos; y le sonreían, saludándole en una lengua extraña al pasar a su lado.

Cuando volvió, la comida estaba servida en el salón. Era una pieza construida no para vivir, sino con fines de prestigio, y tenía un aspecto melancólico y enmohecido. Las paredes estaban cubiertas de telas estampadas, y del centro del techo, protegido de las moscas por medio de papeles, colgaba un candelabro dorado. Davidson no llegó.